A la primera palabra de Guersaint que le habló del aquiler de carruaje, para la excursión á Gavarnie, debió tener miedo de separarse de aquellas hermosas señoras.

—Como usted quiera, caballero. Encárguese usted de ello; y tiene usted razón, lo más barato posible, porque irán conmigo dos eclesiásticos pobres. Seremos cuatro.... Sírvase usted mandarme recado esta noche, diciéndome la hora de salida.

Dijo el elegante abate, y se fué con las dos señoras á la Gruta, por la umbrosa alameda que se halla á la orilla del Gave; paseo fresco y discreto, propio para los enamorados.

Pedro había permanecido apartado, adosado al paradeto del puente nuevo. Por primera vez le llamó la atención el pululamiento extraordinario de los curas en medio de la muchedumbre. Miróles pasar en número infinito por el puente.

Todas las variedades desfilaban: los curas correctos, que habían venido con la oeregrinación y que eran conocedores por su aplomo y por sus sotanas limpias; los pobres curas de aldea, más tímidos, mal vestidos, que habían hecho sacrificios para realizar la excursión y andaban azorados por las calles; por último, la nube de eclesiasticos que había caído sobre Lourdes, no se sabía de dónde, y gozaban de una libertad absoluta sin que pudiera saberse si celebraban su misa cada mañana.

Esta libertad debía parecerles tan grata que, indudablemente, la mayor parte de ellos, como el abate Des Hermoisses, se encontraban allí de vacaciones, libres de todo deber, contentos de vivir como el común de los mortales, gracias á la barahunda en que se perdían.

Desde el joven vicario, cuidadoso y perfumado, hasta el viejo cura de sotana sucia, que arrastraba anchos y viejos zapatos, la especie entera estaba allí representada; los gordos y los flacos, los altos y los bajos, los guiados por la fe más ferviente y los que iban desempeñando simplemente tales ó cuales funciones, los intrigantes, que sólo acudían por buena política.

Pedro quedaba asombrado en presencia de tantos curas, cada uno con su pasión particular y todos puestos en camino de la Gruta, como quien va á un deber, á una creencia, á un placer, á un sacrificio.

Reparó en uno muy pequeño, flaco y negro, de acento italiano, y cuyos brillantes ojos parecían levantar el plano de Lourdes, como esos espías que recorren el país antes de la conquista; y vió otro, enorme, de aire paternal, que se sentía molesto por haber comido demasiado, y se detuvo delante de una vieja enferma, acabando por ponerle en la mano una moneda de cinco francos.

Guersaint volvió á juntarse con él.

—No tenemos más que seguir el boulevard y la calle Baja.

Pedro le siguió sin contestar. Acababa de sentir su sotana sobre sus espaldas, y nunca le había parecido tan ligera como en medio de aquella

aglomeración de gente. Vivía en una especie de atuadimiento y de incosciencia, esperando siempre el golpe de la fe, á pesar del sordo malestar que aumentaba en él, en presencia de las cosas que veía.

La presencia de aquella multitud de curas, ya no le mortificaba, sino que, por el contrario, sentía por ellos una especie de fraternidad. ¡Cuántos habría que, sin creer desempeñaban como él honradamente su misión de guías y dispensadores de consuelos!

Guersaint levantó la voz.

—Ya sabe usted que este boulevard es nuevo. ¡Las casas que han construído en veinte años!... ¡Hay aquí una verdadera ciudad nueva!

El Lapaca corría á la derecha, detrás de las casas.

Se les ocurrió meterse por un callejón, y encontraron viejas construcciones, muy curiosas, á orillas del arroyo.

Varios antiguos molinos alineaban sus ruedas. Les enseñaron el que monseñor Laurence dió á los padres de Bernadette, después de las apariciones.

También hacían visitar allí una casita, supuesto domicilio de Bernadette, donde se instalaron los Soubirons, al irse de la calle de los Petits-Fossés, y donde la muchacha, estando ya de pensionista en el convento de las Hermanitas de Nevers, debió dormir raras veces.

En fin, por la calle Baja, llegaron á la plaza del Marcadal.

Era una larga plaza triangular, la más animada y lujosa de la antigua población; donde se hallaban los cafés, las farmacias, las tiendas más hermosas.

Entre éstas, distinguíase una pintada de verde claro, guarnecida de altos espejos, y sobre cuya puerta se leía en letras de oro:

CAZABAN, PELUQUERO.

Guersaint y Pedro entraron. Pero no había nadie en la peluquería, y tuvieron que esperar.

Oíase en la habitación inmediata un terrible ruído de tenedores. El comedor había sido convertido en mesa redonda, donde almorzaban diez ó doce personas, á pesar de que ya eran las dos.

La tarde avanzaba, pero en todo Lourdes se comía aún.

Lo mismo que todos los demás propietarios de la villa, fueren cuales fuesen sus opiniones religiosas. Cazabán alquilaba, durante las peregrinaciones, su propio cuarto, y abandonaba su comedor para refugiarse en la cueva, donde comía y dormía con su mujer, en un rincón donde faltaba aire para respirar.

El negocio hacía que la población desapareciese, como la de una ciudad conquistada, entregando á los peregrinos hasta las camas de las mujeres y de los hijos, sentándolos, á sus mesas y haciéndolos comer en su vaijlla.

—¡No hay nadie en esta casa?—gritó Guersaint.

Al fin salió un hombrecito, tipo pirenáico, vivo y huesoso, afilado

de cara, de pómulos salientes, cutis moreno, salpicado de rojo. Sus grandes ojos, brillantes, no permanecían nunca inmóviles, y en toda su flaca persona había una exuberancia continua de gestos y palabras.

—¿Desea usted afeitarse, caballero? Usted dispense; mi oficial ha salido y yo estaba ahí dentro con mis huéspedes.... Ya puede usted sentarse, si gusta. Voy á servirle al momento.

Y Cazabán, dignándose, operar en persona, batío el jabón y afiló la navaja.

Había dirigido una mirada inquieta á la sotana de Pedro, que, sin decir una palabra, se había sentado y parecía absorto en la lectura de un periódico que había desplegado.

Hubo un corto silencio.

Pero Cazabán no podía estar callado; mientras jaboneaba la barba de su cliente, añadió:

—Figúrese usted, caballero, que mis huéspedes se han entretenido tanto en la Gruta, que hasta hace un momento no han venido á almorzar. ¿Les oye usted? Yo estaba con ellos por pura cortesía... Pero también me debo á mis clientes, ¿verdad? Hay que contentar á todo el mundo.

Entonces Guersaint, á quien le gustaba también hablar, le preguntó:

—¿Aloja usted peregrinos?

—¡Oh! En Lourdes no hay quien no aloje algunos—contestó sencillamente el peluquero.—El país lo trae de sí.

—¿Los acompaña usted á la Gruta?

Cazabán se indignó, y dijo con la navaja en el aire:

—¡Nunca, caballero; nunca! Hace ya cinco años que no he bajado á esa nueva población que edifican.

Contúvose otra vez, mirando de reojo la sotana de Pedro que desaparecía detrás del periódico; y la vista de la cruz roja, prendida en la chaqueta de Guersaint, le indujo á ser prudente. Pero su lengua le dominó.

—Diré á usted, caballero; todas las opiniones son libres, yo respeto la de usted, pero no creo en esas fantasmagorías. Y no lo he ocultado jamás á nadie. Bajo el Imperio, ya era yo republicano y librepensador. No éramos cuatro en Lourdes, en aquella época. Y me vanaglorío de ello; sí, señor.

Había atacado la mejilla izquierda y triunfaba. Desde aquel instante, el hombre se convirtió en un diluvio de palabras, inagotables. En primer lugar, repitió las acusaciones de Majestad contra los padres de la Gruta; el tráfico con los objetos religiosos, la competencia desleal hecha á los tenderos de artículos piadosos, á los fondistas y á los caseros.

En cuanto á las Hermanitas azules de la Inmaculada Concepción, ¡Ah! ¡Qué odio las tenía porque le habían quitado dos inquilinas, dos señoras viejas que pasaban en Lourdes tres semanas cada año!

Y lo que más se observaba en él, era el rencor lentamente acumulado, y que desbordaba al fin, de la población vieja contra la nueva, surgida de improviso, al lado opuesto del castillo; contra aquella población rica, con grandes casas como palacios, donde iba á parar todo el lujo y todo el dinero; de tal manera se engrandecía y enriquecía sin cesar, al paso que la hermana mayor, la antigua villa pobre de las montañas, acababa de agonizar, con sus callejones desiertos, donde crecía la hierba.

La lucha continuaba, sin embargo; la villa antigua no quería morir, procuraba obligar á su ingrata hermana menor á un reparto de fortuna, alojaba también peregrinos y abría tiendas; pero las tiendas no se aparroquianaban sino con la condición de hallarse cerca de la Gruta, y únicamente los peregrinos pobres consentían en alojarse lejos.

Este combate desigual agravaba la ruptura, convertía las poblaciones alta y baja en dos enemigas irreconciliables, que se devoraban sordamente, en contínuas intrigas.

—¡Oh! ¡No, por cierto; no seré yo quien vaya á la Gruta!—añadió Cazabán con su aire furioso.—¡Y de qué manera abusan de ella! ¡Parece mentira que en el siglo XIX veamos semejante idolatría, una superstición tan grosera!... Pregunteles usted si en veinte años han curado un solo enfermo de la población. Y no es que falten tullidos en nuestras calles. Al principio fueron gente de aquí las que obtuvieron el beneficio de los primeros milagros. Pero, al parecer, hace tiempo que su agua milagrosa ha perdido toda virtud para nosotros. Vivimos demasiado cerca, y hay que venir de lejos para que cure.

¡Qué solemne tontería! ¡Le aseguro á usted que no bajaría á la Gruta, aunque me diesen cien francos!

La inmovilidad de Pedro debía irritarle. Acababa de pasar á la mejilla derecha, y concluía furiosamente contra los padres de la Inmaculada Concepción, cuya aspereza era la única causa del desacuerdo.

Estos padres, que eran al fin y al cabo del país, puesto que habían comprado al Municipio los terrenos donde querían edificar, no respetaban siquiera el convenio firmado con la villa, pues se comprometían á abstenerse de todo comercio, de la venta de agua y artículos de piedad.

Indudablemente, se les hubiera podido demandar ante los Tribunales de justicia, con la seguridad de verles condenados. Pero se consideraban tan fuertes, que de toda amenaza se reían y no dejaban que un solo donativo fuese á la parroquia. Todo el dinero recogido iba á parar á la Gruta y la Basílica.

Cazabán tuvo una exclamación ingenua:

—¡Si, al menos, consintiesen en partir!...

Cuando Guersaint, que se levantaba, volvió á sentarse, el peluquero continuó:

—¿Y si yo le dijese á usted, caballero, en qué han convertido nuestro pobre pueblo? Las muchachas eran muy juiciosas y honradas, yo se lo aseguro á usted, hace cuarenta años. Yo recuerdo que en mis mocedades, cuando un joven quería divertirse, no había aquí más que tres ó cuatro desvergonzadas para satisfacerle; tanto que, en días de feria, he visto á los hombres hacer cola á la puerta de aquellas mujeres; palabra de honor.... Pero, ¿ahora? ¡Ah! ¡Cómo han cambiado los tiempos! Las costumbres son muy distintas.

Ahora, las hijas del país se dedican casi todas á la venta de cirios y de ramos; ya habrá usted visto de qué manera asedian á los transeuntes, metiéndoles á la fuerza la mercancía en las manos. ¡Es una vergüenza, con esas atrevidas! Ganan mucho, se entregan á la vida perezosa, y en invierno no hacen nada, esperando que vuelva la época de las peregrinaciones.

Pues bien, yo le aseguro á usted que los jóvenes aficionados á correrla, encuentran hoy con quién entretenerse. ¡Añada usted á eso la población flotante y sospechosa que nos invade tan pronto como aparecen los primeros días buenos: cocheros, vendedores ambulantes, cantineros, todo un bajo pueblo nómada, que suda grosería y vicio, y tendrá usted la honrada villa nueva que nos han propinado, con las bandadas de gente que vienen á su Gruta y á la Basílica!

Pedro, muy fatigado, había dejado caer el periódico. Escuchaba, teniendo por primera vez la intuición de los dos Lourdes; el antiguo, tan honrado y piadoso en su tranquila soledad, y el nuevo, corrompido desmoralizado por tantos millones manejados, y tantas riquezas provocadas y acrecidas, por la afluencia creciente de forasteros que atravesaban la villa á escape, por la podredumbre fatal de la aglomeración y el contagio de los malos ejemplos.

Y ¡qué resultado, si se pensaba en la càndida Bernadette arrodillada ante la rústica Gruta primitiva, en toda la ingenua fe y en toda la pureza ferviente de los primeros collaboradores de la obra!

¿Era aquel envenenamiento del país por el lucro y por la escoria humana, lo que se habían propuesto? Bastaba que viniesen los pueblos para que se declarase la peste.

Cazabán, viendo que Pedro escuchaba, tuvo otro gesto de amenaza, como para barrer toda aquella superstición envenenadora. Luego, silencioso, acabó de peinar á Guersaint.

—¡Para servir á usted, caballero!—dijo una vez terminada la operación.

Hasta entonces no habló del coche el arquitecto.

El peluquero se excusó, al principio, diciendo que era preciso ver á su hermano, en el Campo común. Por último consintió en aceptar el encargo. Una carretela de dos caballos, para ir á Gavarnie, costaba cincuenta francos. Pero contento de haber tenido ocasión de hablar tanto

y de ver que se le trataba de hombre honrado, acabó por rebajar el precio á cuarenta francos. Entre cuatro personas, tocaría á diez por barba.

Se convino en partir de noche, cerca de las tres, á fin de poder regresar al día siguiente, lunes, por la tarde, temprano.

—El coche estará delante de la fonda de las Apariciones á la hora convenida—repitió Cazabán, con su aire de énfasis. Cuenten ustedes conmigo, caballeros.

Escuchó. El ruído de vajilla no cesaba en el fondo de la habitación vecina. Seguían comiendo en ella, con aquel ruído de voracidad que se extendía de un extremo al otro de la habitación.

Levantóse una voz pidiendo pan.

—Dispensen ustedes—dijo vivamente Cazabán;—mis huéspedes me reclaman.

Y precipitóse con las manos grasientas de haber manejado el peine y el cosmético.

Durante el segundo que la puerta estuvo abierta, Pedro divisó en las paredes del comedor varias imágenes piadosas, y sobre todo una vista de la Gruta que le sorprendieron. Indudablemente, el peluquero no las tenía colgadas allí sino durante los días de peregrinación, para dar gusto á sus huéspedes.

Eran cerca de las tres.

Una vez en la calle, sorprendió á Pedro y á Guersaint el gran ruído de Campanas que agitaba al aire. Al primer toque de vísperas, dado en la Basílica, había contestado la parroquia; y en seguida los conventos, uno detrás de otro, se agregaban al repiqueteo creciente.

La campana cristalina de las Carmelitas se unía á la campana grave de la Inmaculada Concepción; todas las campanas alegres de las Hermanitas de Nevers y de las Dominicas tocaban á un tiempo.

Los días de fiesta, hendían el aire, desde el amanecer hasta la noche vuelos de campanas, por encima de los tejados de Lourdes.

Nada más alegre que aquella canción sonora bajo el gran cielo azul, sobre aquella población glotona, que alfin había almorzado y paseaba ahora su feliz digestión al sol.